

lo que se conoce como literatura de "taller". Al terminar de leer este libro surge siempre el mismo interrogante que ya se han hecho muchos ante libros semejantes: ¿Son realmente efectivos los talleres de narrativa o de poesía para enseñar a alguien a escribir? Con los talleres suele suceder que muchos de sus integrantes nacen, crecen, maduran y en ocasiones mueren como asistentes eternos de los mismos. Finalmente, y con base en los resultados del aprendizaje de taller, podría aplicarse al caso el viejo refrán español: *Lo que natura non da, Salamanca non lo presta*.

ELKIN GÓMEZ

## ¿Apaga y vámonos?

Cuentos de fin de siglo (antología)

Luz Mary Giraldo (selección y prólogo)

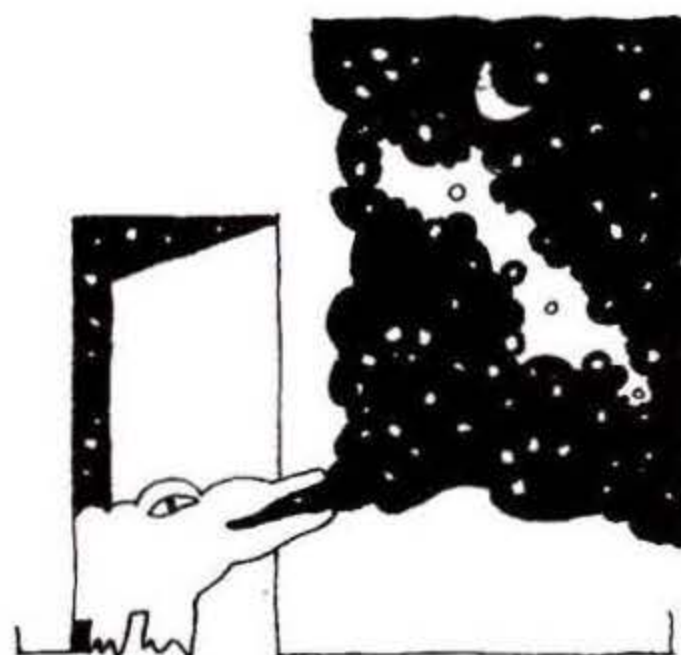
Editorial Planeta, Bogotá, 1999, 266 págs.

¿Quién lee cuentos hoy? John Cheever —el gran cuentista norteamericano fallecido en 1978— nos contestaría: "Me gustaría pensar que los leen hombres y mujeres sagaces y bien informados, quienes parecen sentir que la ficción narrativa puede contribuir a nuestra comprensión de unos y otros y, algunas veces, del confuso mundo que nos rodea". Ojalá lo fuera. En un mundo donde cada vez hay menos tiempo para leer, el cuento reemplaza la conversación, es leído en el bus o en el metro, en la noche antes de dormir, en algún recreo laboral o académico. ¿Qué quieren leer los lectores en los cuentos? Su propia historia reflejada en un libro, que es el tapiz de la vida descifrado.

Los cuentos incluidos en esta antología reflejan el evidente variopinto anárquico que es nuestra literatura. La compiladora ha querido apeñuscarlos bajo el mote comercial de posmodernos, pero hay que concluir que no los une nada, salvo encontrarse por azar en un libro.

Rotos los ismos, los decálogos de cómo escribir cuentos, los temas claustrofóbicos impuestos por Propp,

cada autor se defiende con lo aprendido. Algunos se notan más profesionales que otros. Es el caso de Roberto Rubiano Vargas y Germán Pinzón. El cuento del primero, *Las vacaciones de Mr. Rochester*, es una jocosa historia de un aprendiz de abogado al que en plena dictadura rojaspinillista le corresponde guiar a un profesor norteamericano interesado en conocer "la violencia rural colombiana". Lo que conoce el buen anciano es la muerte por andar entrevistando desplazados en la zona de Los Mártires, en Bogotá. El tinterillo es castigado impidiéndole entrar a la firma Holguín, Holguín & Holguín, pero a cambio obtiene como premio el retozo erótico con la secretaria de la pomposa compañía leguleya.



*Nevermore alone*, del veterano narrador Germán Pinzón, es un largo monólogo interior que cuenta las experiencias de un latinoamericano en Nueva York. La ciudad aparece como lo que es: una babel inaprensible donde lo imposible se abraza con lo extraño sin que nada se destruya. "New York, New York, la marcha incesante de sus naciones nómadas, sus huracanes de rostros sin nadie, sus pajas desprendidas de todas las llanuras de la soledad del mundo. Allá, detrás de un desfiladero de rascacielos, la promesa acurrucada y negra, el amor con su pupila de ahogado uterino, la muerte con el cigarrillo en el colmillo, velando en las esquinas donde espera a sus prometidos" (pág. 174). Viajar es la metáfora del antiguo deseo de regresar al útero y, en el caso del personaje de la historia, en la búsqueda frenética de una "lolita", suma de todas las promesas de un mundo al que ya no le queda virgen nada.

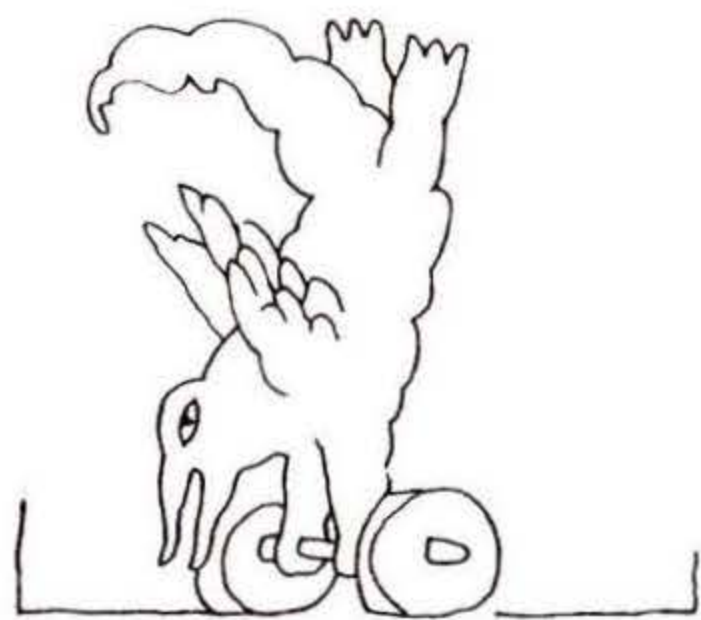
Decorosas son las historias de Juan Carlos Botero *El descenso* y de Julio Paredes *El sonámbulo despierto*, dos narradores que bordean los cuarenta años de edad. Botero parece haber cruzado la etapa de escritor apoyado por la fama de su papá, y entrado en una reflexión honesta sobre el valor y sentido de la literatura. Su cuento recrea el drama de un escritor que se refugia en una isla caribeña, intentando evadir su mediocridad, pero sobre todo huyendo de un amor que lo dejó destruido. Tendrá que pasar por una dura prueba —que por poco le cuesta la vida— para comprender cuál es el sentido de su existencia. La fuerza de la historia se halla recargada en la anécdota. Los hechos apenas insinúan un dolor que está en el fondo de lo que no se dice, tarea que le corresponde al lector desentrañar.

Julio Paredes, en su cuento —incluido en *Guía para extraviados* (1997)—, aborda un tema problemático en literatura: el nihilismo. Con prudencia evitar caer en el griterío del que fue tan fanático el nadaísta Gonzalo Arango —sobre todo en *Sexo y saxofón*—. Cualquier mañana un silencioso entomólogo que trabaja en una investigación sobre mariposas en Urabá se encuentra de bruces con un hombre enfermo y callado, al que da refugio provisional en su casa. Si Nietzsche definió al nihilismo como el más dramático de los visitantes, aquí se cumple literalmente en escena el aforismo: el científico —sereno, bien parado en su contemplación de la vida— deberá cuestionarse a partir de las preguntas y reflexiones del otro. Pero Paredes es honesto: ningún discurso nuevo, al final del siglo XX, ya nos conmueve ni logra invitarnos a la acción. Salvo el mensaje religioso, toda propuesta secular carece de significación real en la vida de las personas. Ser nihilista —como lo es el protagonista del cuento— implica sumar a la peligrosidad de las ideas el ridículo de verlas realizadas. Con razón el entomólogo reflexiona: "Quise sentir emoción y afinidad con la rebeldía que me confiaba el otro, pero su historia sólo me pareció un poco triste, lastimosa, pobre como el costal que lo envolvía cuando llegó" (pág. 172).

Lentos y de fatigosa lectura son *Hielo, cocaína y arcoiris* y *Quiero es can-*



tar, de los costeños Ramón Illán Bacca y Roberto Burgos Cantor, respectivamente. Son cuentos sin una historia central rápidamente identificable en el primer párrafo. Aunque adquieren forma de soliloquio musical, cuyo centro son la soledad y la banalidad de las acciones humanas, no logran conmovernos. Hay frases sueltas ("Me encanta la música clásica porque es la forma sofisticada del bolero", "Me gustaría cantar de espaldas al público. Concentrarme en el canto. Olvidarme de los demás") que obligan a la reflexión, pero el esfuerzo finalmente degenera en insustancialidad. Hamletianamente diciéndolo: tienen muchas palabras. Un maestro del cuento como Antón Chéjov, ya hace cien años, advirtió sobre los peligros de este camino: "Dios nos libre de lo superfluo".



Cuentos de personajes son los de Andrés Hoyos, Antonio Caballero y Julio César Londoño. En *El testamento del capitán*, de Hoyos, se describe la vida de un militar anclado en la vida colonial, que ha construido una mediana fortuna explotando las minas de plata del Potosí. Progresivamente en la mente del lector se construye un personaje buena gente, algo disipado, recto en su idea de premiar en su testamento a un hijo con dotes artísticas, y que de vez en cuando sufre melancolías por algún hecho que no alcanzamos a distinguir. Al final descubrimos que es un probable Miguel de Cervantes (ya no autor del *Quijote*), cuya biografía Hoyos trastoca en un *tour de force*, demasiado ficcional a nuestro parecer.

En *El padre de mis hijos*, Caballero retrata con crudeza a una bogotanita ignorante, fea y de ínfulas clasistas que en un viaje en bus a Cartagena se enamora

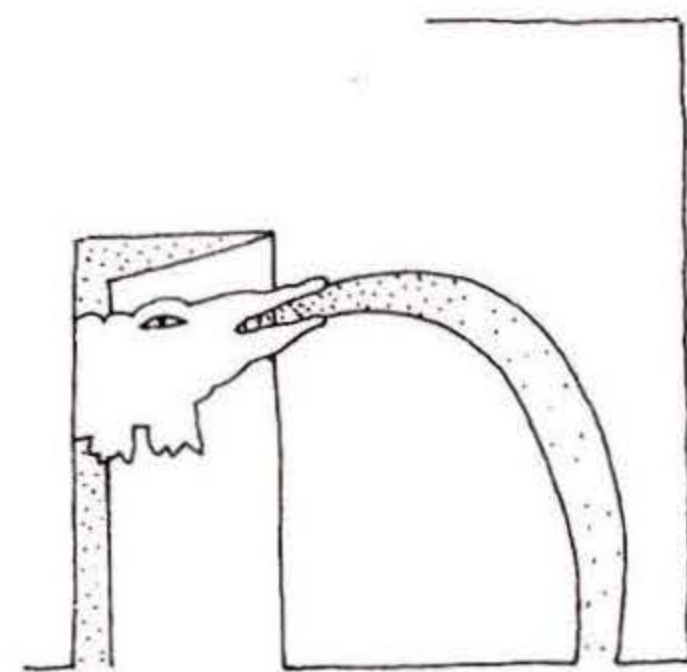
de un costeño de origen libanés, resulta violada aparentemente por paramilitares y luego es abandonada a su suerte en algún lugar de la Guajira. Caballero aprovecha para desnudar los prejuicios sociales —materializados en el viejo enfrentamiento cachacos-corrunchos—, ironizar sobre la música popular y dar un vistazo fragmentario —pero no por ello menos brutal— a la anacrónica violencia colombiana.

*Pesadilla en el hipotálamo*, de Julio César Londoño, es un cuento-postre sólo para intelectuales. Estamos en el reinado de la hipérbole, la afectación y la autosuficiencia de un humanista cuyo cerebro, repleto de "valiosa" información, empieza a ser carcomido por un extraño "gusano" que lo convertirá en algo peor que un anciano con la enfermedad de Alzheimer. El cuento —para quien conozca las innumerables referencias literarias, artísticas, informativas, que se citan— es como ir en primera fila del tren de una montaña rusa. Pese a que se construye una trama con un número limitado de estrategias narrativas, y sentimos que nos vamos a caer en cualquier momento, a tiempo el narrador nos salva con algún chiste —necesariamente intelectual— y nuevamente nos invita a contemplar cómo un doble —el bicho— acaba por adquirir personalidad y robarse la identidad del querido profesor: "Porque, ¿cómo no simpatizar con una criatura que ama a Durrell, Proust y la fórmula de Euler en un mundo famosamente vano, en medio de una especie vertiginosa que corre hacia ninguna parte, cuyas opiniones están dictadas por los noticieros como en cualquier opereta de ficción, cuya fe no es sagrada? [...] ¿Cómo no agradecer esa mano crítica que separa con precisión el oro de la escoria, que no temblaba al censurar un antiguo ni dudaba para aplaudir un contemporáneo?" (pág. 154).

Es de señalar en *Cuentos de fin de siglo* la ausencia de buenos cuentistas con propuestas como Aguilera Garraño, Harold Kremer (de quien se publicó un magnífico cuento en *El Malpensante*, núm. 11), Marvel Moreno, la fastidiosa Fanny Buitrago, Andrés Caicedo, Efraím Medina, Octavio Escobar. Se debe considerar la ausencia de R. H. Moreno Durán de esta com-

pilación como una pequeña venganza del editor.

Igualmente es importante indicar que la antología es parcializada. Resulta incompleta (faltarían tres volúmenes más para que de verdad se llame antología), los criterios de selección son visiblemente acomodados a la difícil situación de no poder incluir autores pertenecientes a otros sellos editoriales, y se nota la improvisación del proyecto, que para ser francos debería titularse *Antología de autores y amigos de Editorial Planeta, bajo presión del editor Leonel Giraldo y justificada a bandazos por la profesora Luz Mary Giraldo*. Otro libro, pues, que contribuye con un nuevo asalto al *ring side* alevoso y lleno de intrigas en que se han convertido las antologías de cuento colombiano.



En definitiva: todavía no encontramos la colección de cuentos que nos hipnotice, que cambie nuestra forma de ver algo de la condición humana o contribuya a revisar nuestros juicios sobre la trágica historia que atravesamos; nos presente un personaje inolvidable o ponga en crisis nuestra condición de lectores. Valga citar un ejemplo: ninguno de los anteriores cuentos nos convirtió en coprotagonistas de la historia que narraban. Expresándolo llanamente: la experiencia leída no nos transformó.

La vieja lección de *Las mil y una noches*, del *Decamerón* de Boccaccio, de Chéjov, Maupassant, Machado de Assís, Gógol, Rulfo, Tomás Carrasquilla, Cortázar, Cheever, etc., no ha sido asumida en nuestro medio. Paradójicamente, son mejores las historias que cuentan las telenovelas (me refiero sobre todo a la hilarante *Yo soy Betty, la fea*).

CARLOS SÁNCHEZ LOZANO